

Un libro valioso y valiente



Otras voces. Otro arte.
Diez conversaciones con artistas
colombianos

Diego Garzón

Bogotá, Editorial Planeta, 2005,
282 págs.

Con las manifestaciones artísticas más recientes, las cuales emplean diversos métodos y se apoyan a su vez en diversos formatos para su realización, se ha producido un fenómeno que vale la pena estudiar. Y es el siguiente: mientras más audaces, más personales sean esas propuestas, más desconocimiento existe entre el público, a quien ya no le basta con detenerse al frente de una obra y dejar que sus sentidos se llenen, sino que, por el contrario, son obras que hacen otras preguntas y que no apuntan a la belleza como la única voluntad y expresión artística. De allí que el espectador se sienta atraído y rechazado a la vez por las instalaciones que se exhiben en las galerías o en los museos y en muchos de sus casos, les da la espalda por no comprenderlas.

Los límites del arte se desbordaron hace ya bastantes años y, así mismo, el público mayoritario se ha quedado atrás de sus manifestaciones. Precisamente, para subsanar esta falla en nuestro medio, el periodista cultural Diego Garzón ha escrito *Otras voces. Otro arte*, libro que contiene diez entrevistas a igual número de artistas que hacen un trabajo “no convencional”. Si su apuesta era mostrar, explicar y adentrarse en el trabajo de los creadores, la verdad lo ha conseguido.

Miguel Ángel Rojas (1946), Óscar Muñoz (1951), José Alejandro Restrepo (1959), Nadín Ospina (1960), María Fernanda Cardoso (1963), Juan Fernando Herrán (1963), Johanna Calle (1965), Gloria Posada (1967), Carlos Uribe (1964) y Delcy Morelos (1967) son los artistas que Diego Garzón elige para que sean ellos mismos quienes muestren, dilu-

ciden y narren sus propias experiencias con sus trabajos.

Mediante hábiles e interesantes entrevistas, el autor sabe incorporar a su debido momento, comentarios propios y citas de expertos sobre la evolución y la obra de los artistas, los cuales aligeran la densidad del discurso artístico, discurso que en estos tiempos, todo hay que decirlo, campea un conceptualismo a veces difícil de digerir. A su vez, con un gran apoyo fotográfico y una excelente diagramación, la cual corrió a cargo de Hernán Sansone, éste es un gran ejemplo de cómo se debe hacer un libro que no cae en lo didáctico por lo didáctico ni se convierte en un recorrido ególatra por diez artistas, donde son reiterativas preguntas como la importancia de la realidad nacional en su obra, la opinión del público, lo efímero de las propuestas, los artistas más determinantes en su formación, entre otras. Como si fuera poco, el libro tiene un prólogo del crítico de arte Eduardo Serrano, atento seguidor de los procesos artísticos en Colombia, en el que sitúa en un espacio histórico a los artistas elegidos.



El libro empieza con Miguel Ángel Rojas, quizá uno de los pioneros en Colombia en el videoarte, al trabajar en nuevos soportes como la fotografía y el video, y apoyándose en materiales como hojas de coca,

en espacios como cines, mostrando, a través de obras como *Tres en platea*, *Trampas para pájaros*, hasta llegar al conmovedor *David*, una fotografía de un soldado mutilado de una pierna: “Decidí recurrir a un soldado mutilado para hacerle unas fotos... Efectivamente las fotos quedaron bellísimas y muy fuertes, y analizando el modelo decidí hacer otra serie de fotos para aprovechar su tipología netamente clásica, y de ahí se me ocurrió la idea de hacer un “David” que fue también un guerrero. Pero aquí no estamos hablando de una escultura sino de una persona viva, con una mutilación” (pág. 37). Imagen que sin lugar a dudas ya se ha convertido en un auténtico icono de la sociedad contemporánea colombiana.

Acercarse de nuevo a la magia de Óscar Muñoz y conocer sus opiniones es algo realmente conmovedor. Creando desde Cali y justo cuando esta ciudad era asediada por la incertidumbre y el miedo del narcotráfico, Muñoz ha trabajado en baldosas, cortinas de baño, terrones de azúcar, vidrios, como una manera de reflexionar sobre el arte y sobre la sociedad que lo rodea, la cual, de manera paradójica, elude la confrontación con la muerte y la diaria destrucción. El artista nos la muestra desde su óptica, con resultados de gran calidad, como sus obras *Aliento*—su dualidad nacimiento/desaparición—, *Lacrimorios* y *El puente*, obra en la que una gran cantidad de público pudo observar en el río Cali rostros de personas muertas iluminados debajo del agua, como si se tratara de un rito de restitución.

La importancia del cuerpo en María Teresa Hincapié es fundamental, toda vez que ella misma se ha incluido dentro de sus *performances*, en los cuales ella es observadora y es observada, manifestando en obras de gran duración lo sagrado de lo cotidiano. Para José Alejandro Restrepo, una obra de arte valiosa debe tener “una carga conceptual fuerte y una expresión plástica contundente”. Y esto es precisamente lo que logra con obras como *El paso del Quindío* (1992), cuando encuentra a un car-

guero que, aún hoy día, a cuatro siglos de su iniciación, tiene por oficio llevar personas en su espalda. “Quería mostrar que hay islotes en los que la historia se resguarda, como un especie de alvéolo donde situaciones muy anacrónicas se conservan casi intactas, que resisten el paso de la historia lineal, del progreso”. Si Restrepo fue el primer artista que hizo una video instalación en el país, Nadín Ospina fue uno de los pioneros en trabajar basándose en las obras precolombinas, enfatizando en temas como la falsificación, la tergiversación y la aculturación de nuestro medio, empleando la ironía y el humor como sus verdaderos caballos de batalla, aspectos que le han valido el unánime reconocimiento nacional e internacional.

María Fernanda Cardoso recuerda lo expresado por Alfred Jarry: “No lo habremos demolido todo si no demolemos los escombros. Y no veo otro procedimiento para hacerlo que levantar con ellos hermosas estructuras bien ordenadas”. Esta cita ilustra de alguna manera la obra de la artista, pues su frecuente uso de animales muertos parecen construcciones sobre destrucciones. Para ella lo “estético” parece que sí tiene algún valor, aunque no el central, dentro de su elaboración personal. Combatiendo a los propios ecologistas que la atacan por matar animales para crear obras, o a los puristas que consideran a su obra como algo meramente estético, María Fernanda Cardoso ha sabido crear su propio mundo, identificable en cualquier rincón de la tierra, algo que no está reservado a muchos artistas.

Si Juan Fernando Herrán ha trabajado en temas de actualidad como la siembra de amapolas o el proceso 8.000, Johanna Calle también se hace eco de esa realidad cruda que vemos a diario. De allí que en su obra se traten temas como el maltrato infantil, la vulnerabilidad de la infancia, los niños abandonados, en medios como el dibujo, acuarelas, bordados. A su vez, Delcy Morelos ha tocado nervios centrales de nuestra sociedad, como son la violencia

y el racismo. Como ella misma dice: “ser artista es señalar los hechos”, y lo hace con una ferocidad sin cortapisas. Por último, el Grupo Urbe, formado por la poeta Gloria Posada y por el arquitecto Carlos Uribe hacen una propuesta que se apoya en recobrar y denunciar espacios urbanos en una reflexión sobre el paisaje y la ciudad, el pasado y el futuro. Podemos ver cómo su obra *Acuáticas*, las cuales transforman las líneas de las cebras de las calles en líneas onduladas, como recuerdo del río que pasa por debajo de ese mismo lugar, introduciendo al caminante o al desprevenido ciudadano en parte de la actividad artística, borrando de nuevo, como lo hacen todos sus compañeros, los límites del arte.



Como se decía al principio, Diego Garzón pregunta una y otra vez sobre la reacción del público. Una de las respuestas más interesantes es de Juan Fernando Herrán: “en general, la gente cree que puede apreciar el arte a partir de su propio gusto sin ningún conocimiento sobre el tema. El arte está en un punto donde le exige algo más al espectador. De hecho, la palabra espectador no es la más apropiada para referirse a la persona que se enfrenta a la obra de arte. No quiero decir que se necesite mucha información para entender una obra, pero sí un entendimiento del arte que se define hoy en día en un campo mucho más amplio de traba-

jo. Considero que la obra tiene varios niveles: una cosa es la percepción inmediata y otra es que el contenido de las obras se va dando en relación con el trabajo del espectador”.

Anotaciones, reflexiones, explicaciones, se repiten de uno en otro, como constancia de su dedicación a su trabajo. Pero hay en ellos un autocontrol desmedido por cada palabra que usan, como si estuvieran frente a la posteridad. Son otras épocas y otros estilos. La racionalización ha llevado al extremo de matar muchas veces la poesía de las palabras, curiosamente a encorsetar a los artistas en una frialdad más propia de un forense que de un creador plástico. De todas formas un libro valioso y valiente y además, indispensable.

RAMÓN COTE BARAIBAR



Hilando fino

Oficios. Las artesanías colombianas

Artesanías de Colombia - I/M Editores Ltda., Bogotá, 2005, 217 págs.

Los oficios y las artesanías hablan de los pueblos; forman parte del patrimonio cultural, por lo tanto, deben ser recuperados, protegidos y difundidos.

Por su vasta extensión, variedad de climas y diversidad de gente, Colombia es uno de los países más ricos en producción artesanal. La relación hombre medioambiente ha desarrollado una extraordinaria habilidad en los artesanos colombianos, quienes, en su mayoría, heredaron el conocimiento de los oficios de sus mayores y éstos a su vez de los suyos, y así, hasta llegar a nuestros antepasados aborígenes en tiempos prehispánicos. Pero, ¿cuáles eran y cómo eran esos oficios?, ¿se conservan intactos hoy en día?, ¿el mestizaje que se dio a raíz de la conquista en qué modificó los oficios tradicionales?, ¿cuáles fueron los aportes técnicos que hicieron los conquista-